

Katherine Pancol

UN BAILE MÁS

Traducción
MONTSE ROCA

la esfera  de los libros

Devaluarse es propio de la mujer. El 99,9 por ciento de las mujeres creen sinceramente que no valen un comino. Que solo sirven para que las arrojen a los perros; es más..., a perros muy hambrientos que se pelean en los solares y lamen bolsas vacías de Purina. Siempre se consideran demasiado bobas o demasiado gordas o pusilánimes. Y sin mayor dilación, os diré que yo formo parte de ese 99,9 por ciento. Igual que mi amiga Agnès, que me lleva la contabilidad y permite que pague menos impuestos. La otra noche, mientras sofreía un pollo con cebolla en la cocina de su apartamento de cuatro habitaciones en Clichy, me confesó que estaba convencida de que era una nulidad mientras su marido le acariciaba las nalgas y aseguraba lo contrario. Agnès es contable en una empresa de informática, esposa y madre de dos hijos. Sus columnas de cifras son impecables, el suelo de su cocina huele a detergente, y su progenie siempre cuenta con un oído atento a sus problemas. Es esbelta, va bien vestida y usa un tinte de un tono caoba que disimula al momento la mínima raíz canosa. Ella ha arrastrado a Yves, su marido, a un programa para parejas con problemas, con el fin de que la rutina no se instale entre ellos y dejen de hablarse. Ya no se hablan, se escriben. Por la noche, cada uno en su lado de la cama, anota en un gran cuaderno las quejas acumuladas durante el día, y el domingo por la tarde,

mientras los niños patinan en la avenida, intercambian las páginas y las comentan. Intentan hablarlo con calma, sin enfadarse. Agnès asegura que eso es lo más difícil. El otro día me confesó que se tomaba un tranquilizante antes de cada sesión. Además de eso, Agnès lee, se cultiva, tiene el vientre plano, se mantiene activa socialmente pero, a pesar de todo, cree que es una nulidad. Así que casi siempre se queda callada. Cuando yo le pregunto acerca de ese miedo y la animo a superarlo, siempre me contesta:

—Ay, Clara, tú no eres como las demás...

Pero sí: yo me muero de miedo. Siento canguelo cuando recojo el guante, tengo retortijones cuando cojo impulso, y un sudor frío cuando ya he cometido la bravuconería y compruebo los resultados (los estragos, normalmente) de mi audacia. Pero yo lucho contra este miedo inscrito en nuestros genes femeninos. Yo no quiero que eso me acoquine y paralice mi vida. Me entreno para que surja y una vez que lo he localizado, lo analizo e intento neutralizarlo. Es todo un curro. A veces lo consigo. Otras veces, gana el miedo y me deja más blanda que un chicle masticado.

—Tú siempre vuelves a ponerte de pie... Tú sabes defenderte... No eres una ingenua.

Es verdad, yo no soy ingenua. Yo llamo a las cosas por su nombre. Desde muy niña me acostumbré a mirar las cosas de frente. A la fuerza.

Clara Millet es cínica. Incluso podríamos decir que tiene el cinismo insertado en el cuerpo. Ella cree que el lado oscuro y tenebroso de los seres humanos tiene mucho más peso de lo que estamos dispuestos a admitir, y se rebela contra las mentiras, los intentos de adulación, las versiones rosas y edulcoradas. Clara Millet exige la verdad en cada frase. Está convencida de que uno se construye a partir de la realidad, sobre todo

cuando esta no es agradable. Clara Millet está siempre dispuesta a descubrir, en su casa y en la de los demás, ese pequeño hatillo de ropa sucia, esos pactos pequeños y sórdidos. Ella tiene hambre de detalles «esclarecedores», de esos detalles que dicen mucho, que desvelan la porquería oculta bajo las bonitas apariencias. La vida no es un camino de rosas, debajo de las rosas hay purín. Clara lo sabe. Ella asegura que ese convencimiento íntimo le viene de la infancia. Cuando sorprendió al reverendo padre Michel a los pies de su tía Armelle. Clara tenía siete años, y al ver aquel bonito charco negro (el reverendo llevaba todavía sotana) derramado sobre el parqué, dio dos pasos atrás y espió desde detrás de la puerta. Él le decía palabras cariñosas y le cogía la mano. Tía Armelle sonreía y acariciaba la cabeza del cura. El mismo que decía misa los domingos por la mañana. Un hombre muy guapo, atlético y velludo, se le veía un vello negro en los dedos cuando repartía la hostia, y un vigor varonil en el puño cuando levantaba el cáliz. Todas las parroquianas, según Clara supo más tarde, tenían fantasías con el padre Michel durante los oficios, pero fue tía Armelle quien se adelantó y consiguió la veneración del reverendo sacrílego. A partir de entonces, Clara ya no volvió a creer en la imagen de felicidad que encarnaba su tía, una señora pulcra y sonrosada que hablaba de familia, amor, trabajo, respetabilidad, esfuerzos, dignidad. Mentía. En el mismo momento en que vio al cura arrodillado, Clara dedujo que el tío Antoine no estaba al tanto. Había dado media vuelta, aturdida. Poseía un secreto de persona adulta. De pronto se sintió muy importante, pero también tuvo la impresión de que le habían contado una sarta de cuentos. Se hizo mayor de golpe. Se volvió desconfiada, intransigente, intolerante. ¿Y si todo lo que la rodeaba no fuera más que una mentira? Aquello le produjo vértigo.

Por lo visto, a los doce años Clara Millet deseó morir. Muy en serio. Porque sintió que las fuerzas la abandonaban. Que se hacía mayor y que había perdido esa rabia infantil que te hace ser superlúcida. Eso es lo que había dejado como explicación en una notita sobre la mesilla de noche. Tenía el presentimiento de que si abandonaba el territorio de la verdad para refugiarse en el teatro de las bonitas mentiras creado por su tía, perdería no solo la razón, sino también la energía de vivir. Se tomó diez sobres de Aspégic 1000 y se acostó. Perdió mucha sangre (hemorragia interna, dijeron los médicos), pero sobrevivió. Concluyó que Dios no quería saber nada de ella. Tenía que vivir, costara lo que costara. Pero no como tía Armelle.

Se puso a exigir información. Se habría considerado una cobarde por no preguntar, cobarde por no querer entender. Era imprescindible que supiera. ¿Qué había pasado con el padre Michel? «Ha cambiado de parroquia —dijo tía Armelle—. Ya sabes, la crisis del clero». «Pero ¿tú has vuelto a verle, al menos? ¿Has tenido noticias suyas?». «¡Pero bueno, Clara! ¿Por qué habría tenido noticias del padre Michel yo, precisamente?». «Porque me parece que le tenías aprecio...». «Le apreciaba, pero eso no me unía a él de un modo especial». Mentirosa, mentirosa, rabiaba Clara, y miraba fijamente a tía Armelle quien, agobiada por tanto descaro, soltaba un «¡Y además, eso no es asunto tuyo!», que Clara consideraba la confesión de una pasión ilícita. Esa victoria arrancada a base de confundir a tía Armelle la animaba, e insistía. Y sus padres, ¿dónde habían fallecido? Lo mínimo era que la informaran. «Están muertos, pobrecitos», respondía indefectiblemente su tía. «¿Muertos, cómo?», preguntaba Clara. «Te lo explicaré cuando seas más mayor. Hay cosas que los niños no pueden entender...». El tío Antoine decía cosas parecidas: más adelante, más adelante...

Nadie le contestaba. Y todos se lo reprochaban. Intentar comprender solo le reportaba complicaciones. Tenía la impresión de que su vida era cada vez más aterradora. Se calló. Intentó actuar como los demás. Vivir sin hacerse demasiadas preguntas, anestesiarse la mente. Pero, de vez en cuando, su necesidad de saber era más fuerte que ella, volvía a imponerse y la hacía tremendamente impopular. Y cuando afilaba la lengua y lanzaba una o dos verdades, era terrible: toda esa violencia que había reprimido durante tanto tiempo estallaba como un viejo volcán que despierta.

Es difícil vivir con una chica como Clara Millet.

Lo sé: esto es lo que me dice todo el mundo. Tengo mala reputación. Tengo fama de ser descarada, brusca. Dura de pelar, en resumen. Alguien que no tiene derecho a llorar, ni a que la mimen. Siempre que conozco a alguien, vaya donde vaya mi reputación me precede. Yo considero injusto que esta tozuda búsqueda de la verdad me prive de todo un mundo de sensaciones agradables, de sentimientos tiernos, de problemas y de renunciadas. Y cuando le aseguro a Agnès que yo también me muero de miedo a veces, no me cree. Sé que no me cree: sigue removiendo su pollo con cebolla con la misma cadencia. No detiene ni un segundo el movimiento de la muñeca. Imperturbable.

—Para ti es distinto, no es lo mismo, ya lo sabes. Tú nunca has sido como las demás...

Agnès no ha dejado de probar la salsa con la cuchara de madera y Clara piensa en su vida. En su vida tan ordenada. Una vida normal. Porque lo que no es normal es ser soltera a mi edad. A los treinta y seis años debería estar casada y ser una madre de familia aposentada. ¡Pamplinas! La vida se la

construye cada uno a solas y según su propia imagen. No sirve de nada querer encajar a cualquier precio. Ni tampoco perder la sensatez y acabar en la hoguera. Hay dos hechos de los que estoy segura: no tengo un céntimo y valoro las cosas de una forma muy personal. Estas dos constataciones hacen que tenga una vida emocionante y digna de ser vivida. No la cambiaría por ninguna otra.

Esa mañana, muy temprano, cuando había decidido morir, me sentí de repente más ligera: lo peor te hace libre. Por fin lo tenía todo controlado. Ya no tenía necesidad de aparentar ni de fingir. Ya no tenía ni reputación que mantener, ni apariencia que adornar, ni réplica que dar. Porque a mí me encanta burlarme de todo, jugar con las palabras, esconderme detrás de una carcajada; es una forma de distanciarme de la desesperación, de digerirla con un sarcasmo. Yo la elimino con la palabra precisa. Las tonterías, los pequeños traspiés de la vida, en cambio, me dejan tirada en el suelo. Destrozada, llorando. Soy experta en hacer una montaña de un grano de arena y viceversa.

Y así... de golpe... ya no tenía miedo. Ni montañas, ni granos de arena. ¡Y vivir sin miedo es muy excitante!

Esta mañana, pues, Clara Millet ha abierto los ojos al oír la radio despertador que Marc Brosset había puesto a las seis cuarenta. Como todas las noches que se queda a dormir en casa de ella. Veinte minutos antes de las siete, el tiempo de un pequeño revolcón, de deslizar la nariz fría por su cuello caliente y la rodilla izquierda entre sus muslos. Clara duerme acurrucada en el lado derecho de la cama. Marc Brosset ocupa por tanto el lado izquierdo, igualmente acurrucado. Es una norma establecida entre ambos.

Ella oye el despertador, oye una canción y oye la letra. Es una canción que ha escuchado a menudo, pero esa mañana oye las palabras sumida en una duermevela de madrugada de diciembre, justo antes de Navidad, cuando las calles heladas de París todavía están oscuras y los basureros ya no tardarán en pasar. No se filtra ninguna luz a través de los postigos que Marc Brosset cerró ayer, después de haber doblado el pantalón y colocado la camisa sobre el respaldo de la butaca de mimbre, junto a la cama. Ayer noche cenaron en casa de sus padres, Michel y Geneviève Brosset, maestros jubilados. Clara Millet se pregunta a menudo si lo que más le gusta de sus amantes son sus padres. Les coge verdadero afecto y a cada separación sentimental se le suma una ruptura familiar que a veces le resulta más difícil de sobrellevar. Por otro lado, ella siempre se las arregla para conservar buena relación con los padres de sus antiguos amantes, de modo que tiene una re-tahíla de ex suegros (algo poco común en una chica que no se ha casado nunca) a los que visita regularmente.

Ella escucha la letra y nota cómo Marc Brosset pega el cuerpo al suyo, le separa las piernas con la rodilla. «*You fall in love ZING BOOM, the sky above ZIG BOOM, is caving on WOW BAM, you've never been so nuts about a guy, you wanna laugh, you wanna cry, you cross your heart and hope to die*»... y se dice que ella nunca ha querido morir por este hombre, que ahora cue-la una mano experta entre sus piernas y empieza a acariciarla. No hay duda, se dice, Marc Brosset es un buen amante. Sabe que hay que preparar a la pareja, abordarla con delicadeza, y no lanzarse sobre ella como un hombre hambriento. Es por eso, además, por lo que pone el despertador a las seis cuarenta. Es un buen amante que tiene unos padres amables; ayer noche, Geneviève Brosset le cocinó un salmón con bayas acompañado de calabacines salteados con albahaca fresca, sí, pero

resulta que a ella le cuesta dejarse llevar por el delicioso movimiento de los dedos de Marc Brosset entre las piernas. A decir verdad, eso le irrita y despierta en ella una rabia interior que reconoce de inmediato.

Ayer, ella le quería. WOW BAM. Esta mañana, ya no le quiere. ZING BOOM. Es al otro a quien quiere. El otro, que sale huyendo cada vez que ella se le acerca un poco demasiado. El otro, cuyo nombre no osa pronunciar en la penumbra de su habitación por miedo a ponerse a llorar. Ni reír ni llorar, sino comprender, decía la abuela Mata cuando iba, entre lágrimas, a buscar consuelo a su lado.

Para empezar a Marc Brosset nunca le ha querido de verdad. Le apreciaba, tuvo ganas de probarle, de colgarse de su brazo, de que la remolcaran. Pero nunca ha querido morir por él.

Clara lo sabe. Desde siempre. Desde esa noche en que él cenaba solo en el Triporteur, y ella fue a ver si el dueño podía pasarle un pedazo de pan para comerse un bocadillo mientras miraba la tele. O esa otra noche en que Clara esperaba que el teléfono sonara y que el otro la llamara. Marc Brosset estaba sentado en una mesa del fondo, solo, con un libro abierto al lado del plato. Clara había torcido el cuello para ver el título del libro, pero no lo consiguió. Después lo había olvidado y le había observado. Buena pinta, unos cuarenta años, pelo corto, espalda recta, un polo Lacoste bien planchado y aspecto de estar cómodo con su soledad. François, el propietario del Triporteur, le había soltado: «¿Tienes un minuto? Te presento a un amigo mío, un tipo a quien quiero mucho...». Ella se había adelantado y había confiado en Marc Brosset, porque confiaba en François. Y él había sabido engatusarla. Con palabras. Su definición de la inteligencia, por ejemplo. O más bien la de Malraux. La inteligencia es: 1) la destrucción de la comedia

humana; 2) el discernimiento; 3) la capacidad de imaginar. O algo parecido. A ella le había encantado esa definición. Sobre todo el primer punto. Retirar las máscaras. Ir a ver qué hay detrás. El purín bajo las rosas. Clara había vuelto a la infancia al oír esas palabras. Muy excitada ante tanta cultura. ZING BOOM, había caído en sus brazos esa misma noche.

A Clara Millet le encanta aprender. Cuando está triste se consuela con palabras, con anécdotas, con conocimientos nuevos. Esas bobadas que le devuelven el gusto por la vida. La historia del cuco que ha leído en la sala de espera del dentista. La hembra del cuco ocupa el nido de pájaros como el aguzanieves gris o el petirrojo para poner sus huevos. Localiza el nido de la especie que le conviene y consigue que huyan los padres porque parece un gavilán, se traga uno de los huevos de la puesta y coloca en su lugar uno de los suyos, que tiene un tamaño y un color parecidos. Después desaparece, dejando a la otra madre encargada de incubar su huevo. El polluelo de cucú se desarrolla más deprisa, nace el primero y expulsa a los otros huevos del nido para quedarse solo y ¡engullir todo el alimento que exige su enorme apetito! Una hembra cucú puede poner hasta veinticinco huevos que coloca así, al azar, con padres nutrientes, y ella se eclipsa sin remordimientos. Esta historia del cucú, descrita en un folleto del Consejo General de la Seine-Maritime, la había impresionado hasta el punto de olvidar que estaba en el dentista. Quizás el dentista era normando o tenía una casa de campo en Normandía. O bien le interesaban los pájaros. De pequeño soñaba con ser ornitólogo y sus padres le habían convencido de que ese era un oficio sin porvenir, que todos los pájaros acabarían manchados de fuel, mientras que la caries dental, con todas las porquerías que los críos engullen, tenía un gran porvenir. Sentada en la sala de espera del dentista-ornitólogo frustrado,

Clara no dejaba de pensar en ese abandono a gran escala. De manera que en la naturaleza el instinto maternal no existe; es un invento del hombre. Para llenar periódicos y venderlos. Para culpabilizar a las mujeres que se sienten torpes con un bebé en los brazos. Marc Brosset no conocía la historia de la madre cucú indigna de ese nombre. Clara no tuvo ganas de compartirla con él. Se la contó como pudo, con la boca abierta y las encías anestesiadas, al dentista-ornitólogo frustrado, pero ni una palabra a Marc Brosset. Debería haber desconfiado. Eso era una señal. Una señal que ella no quiso mirar de frente.

Hay otras, por poco que lo piense a fondo. Los «detalles que matan», como ella los llama. Por ejemplo, cuando conoces a alguien hay detalles que matan el deseo como un rayo. Son cosas sin importancia si uno quiere de verdad, hasta la muerte, ZING BOOM, pero si se trata de un amor frívolo, son definitivas. Las faltas de ortografía en una carta de amor. O el bolso colgado al hombro. O un coche con un motor diésel. O también usar las llaves para rascarse la oreja.

En cuanto a lo de las faltas de ortografía, Marc Brosset está a salvo: es profesor de filosofía. Es excelente con las palabras, las frases, los subjuntivos, exfoliando las ideas. No hay motor diésel, ni bolso en bandolera al hombro. Él no lleva calzoncillos de Tarzán ni calcetines demasiado cortos. Él no se limpia los dientes con el cuchillo. Y ella ha acabado por considerarle guapo, seductor, inteligente. Por convencerse de que podía enamorarse de él.

Y olvidar al otro.

Este es el gran tema de su vida, olvidar al otro. Es casi una ocupación a tiempo completo. A veces lo consigue. Con Marc Brosset, por ejemplo.

Durante ciento ochenta y dos días exactamente.